

# DON SEGUNDO SOMBRA

## INTERPRETACION



Ricardo Güiraldes

1. **El personaje.** Martín Fierro había sido el desertor del orden social instituido por las leyes de vagancia, instrumento con que se encuadra, en su versión de estancias más o menos patriarcales y campos que se alambran, la Argentina liberal que aún se tiene a la vista. La suerte del paisano de su tiempo estaba echada en estas dos exclusivas cartas de asimilación o deserción, es decir, tener patrón o rebelarse a tenerlo, circunstancias que aparecerán como formas de violación de su instinto o de concordancia con él.

Todo el resto del mazo no provee de variantes; queda neutralizado, fuera de juego. Se es, en definitiva, peón de estancia o gaucho alzado. Una u otra cosa. El instinto debía dar paso al orden; una economía natural, sin necesidades, o de necesidades elementales que se satisfacen sin esfuerzo, es reemplazada por una economía de colonización que crea necesidades, establece para la satisfacción de ellas un precio, de la misma manera que al exigir un esfuerzo lo valúa con un trato social.

Del otro lado de este orden instituido para que los barcos tengan suficientes lanas, cueros y tasajos que llevarse, estaba la llanura improductiva.

por  
**Dardo Cúneo**

Y entre uno y otro término, entre ese orden que se cierra sobre los hombres y esa llanura que se distiende hacia el infinito, estaba la frontera de los desertores, de aquellos que no han consentido conchabarse, de los que prefirieron matrear antes que encerrarse en las rutinas inevitables de la estancia. Martín Fierro fue de éstos. Don Segundo Sombra viene de los otros, de los que aceptaron el sacrificio, de los que se condujeron, con remordimiento de alma, atándose al Código Rural que les soldaba los pies a la tierra y les reprimía toda esa cuota grande de espontáneas energías que no encajaban dentro de las jerarquías sociales y las funciones económicas de la estancia. En esa reducción de escalas pasa Don Segundo su vida; en ese consentimiento hay abundancia de tristezas, reminiscencias nostálgicas en las sangres, lo cual constituye el clima del libro de Güiraldes, pues los rústicos júbilos masculinos que por ahí aparecen, entremezclados en circunstancias muy contadas, son más precarios y nunca componen una gran alegría. La imagen que, al cerrar el libro, alude al protagonista que se repliega "como quien se desangra", bien puede definir y representar ese período de historia humana

del país, en que el paisano sometido a jerarquías y funciones, sabe a su vida como un desangrarse todos los días, como un ahuecarse de naturaleza, de instinto de libertad, para integrar el escalafón y la obediencia de la estancia. En la estancia los Don Segundo hacen sus labores con la mejor dignidad de sus oficios; se consumen en ellas las artes y las fuerzas acompañando de alardes justos a unas y a otras; pero, la conciencia del rústico sabe que todo ello es a la medida chica de la tierra alambrada, mientras la medida grande, infinita, está más allá del alambrado, en los caminos. Más, entre estos Don Segundo hay un personaje de sobrevivencia, de transición, que perteneciendo a las jerarquías y funciones de la estancia, permanece, sin ser enteramente parte de ellas, como volcado sobre los caminos. Es el resero, el que se responsabiliza con sus propias artes y fuerzas mayores, de conducir las tropas de ganado de estancia a estancia, de estancia a mataderos. Su vida no se achica demasiado en ningún rincón, porque se desplaza casi constantemente sobre la distancia, y si en esa tarea marcha sobre huellas conocidas y respeta alambradas, no deja, por eso, de asociarse toda la pampa posible a su vida. De ahí, la calificación admirativa del personaje que monologa en el libro: "De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizontes". De ahí, que sea ese "el más macho de los oficios", porque el camino es, siempre, una difícil sucesión de pruebas. De esa índole, Don Segundo es ejemplar completo. Apenas lo ve, el muchachito que monologa el libro lo sabe, sin explicárselo, ungido en niebla de misterio, de presupuesta leyenda, de esa sorpresa fantasmal con que se ve a los últimos de una estirpe en retirada. ¿No era un resto de las medidas grandes, infinitas? ¿No era a la escala de la tierra anterior al escalafón y la obediencia? Cuando el muchachito ya ha andado suficiente camino a su lado, lo calibra así, perfectamente: "¡Qué caudillo de montoneras hubiera sido!". Fue cuando a Don Segundo le escuchó decir: "Yo no me puedo quedar en ninguna estancia porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones".

**2. El sentido.** Este personaje no es de lo que quedan en escena. Está marcado por caracteres enérgicos en sí, pero débiles y estrictamente ocasionales en relación con la escena de su desempeño y

las variaciones que ocurren en esa escena. Por ser hombre de camino, no asentado, sin familia; por no hacer pie en ninguna parte, su mismo paso tiende a borrarlo, a no dejar detrás de él sino memorias que, también, se borran. Sobreviven con él, resero, en alguna manera, las distancias por sobre los alambrados, y protagoniza una aventura de relativa libertad y mínimas necesidades que le permitían no entrar a permanente trabajo de diario jornal, es decir, que hace posible resistirse a proletarizarse; pero, su andanza estaba demarcada en los relojes del país en transformación. La niebla de misterio que ungió a Don Segundo ante la imaginación del muchachito en las primeras páginas del libro, se deshace al cabo del tránsito del personaje por el libro y su despedida inviste, a las claras, la desaparición del tipo humano que representó. Tal vez, de ahí el apremio de Ricardo Güiraldes de no dejarlo ir del todo y de retenerlo en el libro aun cuando el mismo paisano Sombra, de paso lento, siguiera viviendo el resto de su vida en los alrededores del pago, sobreviviendo a su autor, a su recreador. ¿No era manera, por parte de Ricardo Güiraldes, de obstinarse en rehacer —lo que es, también, manera de despedir— una edad del campo argentino que tiende a cerrarse hacia esas fechas que se acercan a 1930? Entre las críticas que inmediatamente de publicado tuvo "Don Segundo Sombra", sólo una advirtió que algo de esto estaba ocurriendo. "En «Don Segundo Sombra» —escribió en «El Sol», de Madrid, Ramiro de Maeztu—, la Argentina parece despedirse de su gran mito popular. Es verdad que todavía es el ganado su mayor industria; que entre los años 1910 y 1925 ha visto triplicarse el número de las reses vacunas y porcinas sacrificadas para la exportación y el propio consumo, que la vida de sus gauchos reseros es su máxima fuente de riqueza. Pero al gaucho trashumante sigue el estanciero sedentario, y a lo que en España llamamos la dehesa sucede la pequeña propiedad de cultivo intensivo, y de la agricultura va surgiendo el complemento de la industria, y el gaucho se aleja y desaparece, sin dejar otra cosa que el recuerdo y la obra realizada: el alambrado de la pampa."

**3. El autor.** Juan Carlos Ghiano acierta en esta publicación: "Ricardo se sintió miembro inútil de una clase que ya había cumplido su misión nacional sin encontrar nuevos cauces para sus aspi-



raciones. Este convencimiento provoca las inquietudes de los años juveniles, cuando aún no veía con claridad su vocación literaria. En los desacuerdos con su grupo, en la primera fuga a París, en los viajes por una Europa que debió ganarse errores, en el primer retorno a la tierra, persiste la actividad externa de un argentino sin rumbo, extraviado entre incomprendimientos y rechazos". (Ricardo Güiraldes, 1961.)

Ismael B. Colombo había aportado esta pauta decisiva: "Con los ejemplares que le quedaban de (*«El cencerro de cristal»*) y con casi toda la edición de *«Cuentos de muerte y de sangre»*, dirigióse a San Antonio de Areco. Días antes había pensado hacer una fogata con esos volúmenes, pero cambió de idea: mejor iba a tirarlos a un pozo de *«La Porteña»*. Las palabras volverían así a la tierra que había inspirado las mejores de entre todas ellas...". (Ricardo Güiraldes, 1952.)

La letra inicial, vacilante, se hace tierra para hacerse, luego, letra madura, cargada de sentidos —letra con tierra—, en *«Don Segundo Sombra»*.

**4. El libro.** Un argumento de novela conjuga el libro de Güiraldes; mas el argumento suele demorarse para dar paso, complacido, a la narración de sucedidos, cuentos, episodios, alusiones que sirven bien para documentar, en una minucia de registro poematizado, aquellos aspectos de la vida campesina que van siendo alejados por la mudanza de los tiempos, circunstancia ésta que está presente a través de un toque romántico en casi todas las páginas. En la entrada al tema se anteponen algunos elementos de disociación, de desacomodo artificioso; por ejemplo, cuando en los primeros párrafos, tan pronto aparece el muchacho, Güiraldes lo fuerza a pensar; pensar es el primer ejercicio que se anota en este libro de vida primitiva, sensorial, y para dejar registrada, esto a su favor, una primera señal romántica, el muchacho piensa en sí mismo.

En el lenguaje con que le hace relatar a éste lo suyo, Güiraldes filtra algunas expresiones que no se avienen espontáneamente con su naturaleza; ésa es, también, zona deficitaria del relato desde exigente estimación. Pero, en cambio, el lenguaje con que presenta a Don Segundo es de precisiones, y mucho más el lenguaje con que Don Segundo se manifiesta.

En toda página se revela de parte del

autor ese apremio en levantar registro de los hechos antes de que ellos se esfumen del todo. El libro ya supone una recomposición de ecos, que acuden investidos de representación poética; mas ello no perturba la inevitable recopilación de datos y circunstancias como para que la idealización del personaje no oculte las precarias bases del medio que lo hizo solitario, a la intemperie, una intemperie geográfica y una intemperie social. El tiempo del libro es espacioso, desapresurado, casi quieto, que apenas se le ve golpear en los relojes, tiempo de estanque ansioso por retener la imagen de la nube, es decir, tiempo más de narración que de novela. Porque los pasos de sus personajes se mueven así, pasos lentos en escena enorme, y porque *«Don Segundo Sombra»* es libro de una despedida, su propio autor parece querer demorarse en cada uno de sus instantes, aplazar la ruptura, componer prórrogas, reencontrarse en esa tardanza, rehacerse, en definitiva, él mismo en esa deshora dulzona y reivindicadora de las sangres y hazañas de su héroe popular, enroscarse en el recordatorio que comienza por incorporar el testimonio romántico del puente viejo con que la novela define su índole: más recuento que acción; la acción, efectivamente, se desempeñará al compás del recuento, como que su personaje grande fue acción que no vuelve. Y porque es el recuento quien en el relato manda, no tiene el libro estructura unitaria; después de sus primeros diez capítulos, el orden se descompone para dar curso a aquello que, espontáneamente, sin plan, se va acercando a la memoria y ésta dicta; es entonces en esos capítulos, sin duda los más ricos entre hechos y meditaciones, entre historias viejas y alma silenciosa del rústico pastor, donde la figura de Don Segundo Sombra recibe fuerza de pequeño mito, donde comparecen, desde su pasado irrecobrable, sus lucesitas de leyenda. Después vendrá el final con la anécdota menor: el muchacho transformado, de la noche a la mañana, en propietario, en patrón, pretexto para desenlazar el relato; pero lo esencial ya está dado; ya Don Segundo Sombra está en camino de alejamiento; ya se nos iba yendo cuando en el capítulo quinto quedaba anotado "ese silencio despreciativo que usan los que se van, cuando hablan con los que quedan en las casas"; ya le hemos estado prolongando nuestro adiós; ya el país se estaba vaciando de él y él, al irse, desangrándose. ♦